



www.loqueleo.es

© Del texto: 2026, Gabi Tormenta

Un proyecto de Tormenta. www.tormentalibros.com

© De las ilustraciones: 2026, Paula Jerez

Redactado por Abel Amutxategi

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-91226154

Depósito legal: M-79-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

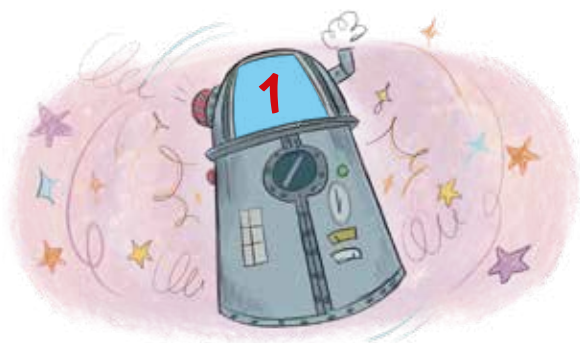
CASTIGADOS

en el antiguo Egipto

Gabi Tormenta
Paula Jerez



loqueleg



Las paredes de las aulas de la Escuela Lunar XXIII cambiaban de color según el nivel de atención del alumnado. A veces eran de color verde, que significaba atención total.

Y en aquel momento las nuestras parpadeaban en un peligroso color naranja chillón:

«ATENCIÓN DISPERSA. ¡ENTRANDO EN MODO SIESTA!». Con sirena incluida.

Casi me caigo de la silla del susto. Mi amiga Bibi contrajo la risa.

—Te estabas durmiendo, ¿verdad?

—Solo estaba desconectando el cerebro un rato —dije a modo de defensa.

La profesora Buenaventura se aclaró la garganta para hablar:

—Conectad vuestras papilas neuronales, queridos, ¡porque hoy vamos a hablar de la historia de la comida!

Abrió los brazos para intentar contagiarnos su ilusión. No funcionó. Yo casi me vuelvo a dormir.

—Ya sabéis que todo cambió en la prehistoria, cuando el ser humano aprendió a domesticar animales y a cultivar su propia comida.

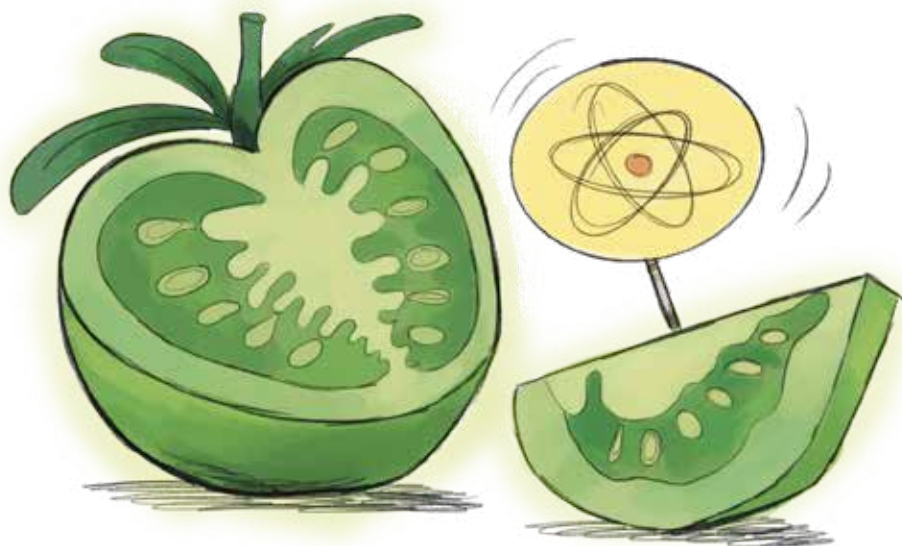
8 Busqué la mirada cómplice de Héctor y Bibi. Había visitado la prehistoria con ellos hacía no demasiado tiempo y, desde entonces, nos habíamos vuelto inseparables.

—En vez de salir a cazar o a recolectar bayas, empezamos a vivir de lo que podíamos hacer crecer cerca de nosotros. Luego llegaron las conservas, las neveras y los microondas... —explicó la profe, moviéndose de un lado a otro de la clase como si flotara—. Y, casi antes de darnos cuenta, ya teníamos chuches de colores raros, pasteles con forma de unicornio e inventos como este.

La profesora Buenaventura nos enseñó un tomate fluorescente.

—Aquí tenéis lo último de lo último: ¡un tomate omega! Está lleno de vitaminas, hierro, proteínas... y sabe a papel rancio escrito por las dos caras.





La profe guardó el tomate en uno de los cajones de su escritorio con cara de asco.

—¿Es verdad que en la Antigüedad se comía pan?
—preguntó Héctor.

—¡Pan! —suspiró la profesora Buenaventura—. Lo partías y olía a horno. A hogar. ¡A humanidad!

Los niños nos quedamos en silencio.

Lukas sacó la píldora NutriTotal 12.0 de su almuerzo y la miró con tristeza.

Por lo visto, los alimentos del año 2222 nunca podrían competir con los de la Antigüedad.

—Supongo que siempre nos quedará la pizza —dije yo.

Porque a mí me encanta la pizza, no sé si lo sabes.

Sobre todo la de la cadena Quantum Queso.

La profesora Buenaventura me sonrió.

Y, justo entonces, sonó el timbre del recreo.

¡¡¡RIIING!!!

Toda la clase se levantó a la carrera, y cada uno echó mano de su aperitivo.

11

—Pensad en lo que os he contado y en cómo podríais mejorar el sabor de lo que coméis —nos despidió—. ¡Que aproveche!



12 Los dados de realidad cambiante estaban de moda en el patio de la Escuela Lunar XXIII.

Eran unos dados digitales que proyectaban retos y minijuegos aleatorios. Eso hacía que todo fuera bastante caótico, sobre todo cuando jugaban muchos niños a la vez.

—¡GROAR! ¡GROAR!

Mientras Anya y Lukas caminaban como dinosaurios para cumplir con el último reto de los dados, Niko hacía como que revisaba una caldera muy serio.

—No sé qué le ven de divertido estos dados a fingir que somos operarios —dijo.

Hasta que no se limpiara los oídos, Niko seguiría entendiéndolo todo al revés.

—¿Os apetece jugar a vosotros también? —nos propuso Anya.

—¡Claro! —respondimos Héctor y yo.

—Nos tomamos el aperitivo y ya estamos ahí —completó Bibi.

Y es que, dijera lo que dijera la profesora Buenaventura, una de las ventajas de la comida del siglo XXIII era que se tomaba en un santiamén.

Bibi se sacó del bolsillo un tubo de crema energética con sabor a pistacho y lo apuró hasta el final.

13



Héctor se metió en la boca un puñado de gelifrutas. Los cubitos se le deshicieron al contacto con la saliva y le salió humo por las orejas. ¡Flípe total!

Yo quise echar mano de mis minipizzas en pastillas, pero por lo visto me las había dejado en clase.

—Empezad sin mí —les dije—, yo me uniré en la siguiente tirada.

14 —Aquí te esperamos.

Anya tiró los dados al aire y enseguida empezó el siguiente de los minijuegos: ¡la carrera de electrones!

Dejé escapar un suspiro y subí las escaleras al trote.

La clase estaba vacía.

En alguna otra ocasión, puede que hubiera aprovechado para gastar alguna broma.

Para poner una almohadilla vibratoria en el pupitre de Rayna o meter un microemisor parlante en la mochila de Agustín.

Ya sabes, de esos que dicen cosas como «sácame de aquí» o «hay una galleta que me persigue» mientras el profe da Matemáticas.

Pero tanto hablar de comida me había abierto el apetito.

¡El estómago me rugía como un león enfurruñado!

Fui hasta mi sitio y eché mano de mi caja de minipizzas en pastillas.

Eran unas cápsulas del tamaño de una alubia que liberaban en la boca todo el sabor de una pizza recién hecha.

Las había margarita, de pepperoni, de jamón y queso... ¡y no manchaban nada de nada!

15

No hace falta decir que las pizzas de verdad me gustaban mucho más que aquel invento, pero las minipizzas eran una buena opción para los recreos y excursiones.

La cápsula del tiempo con la que Héctor, Bibi y yo habíamos viajado a la prehistoria estaba todavía en una esquina de la clase.

La profesora Buenaventura la había tapado con una tela de color azul marino, pero aún no se la había llevado.

Si al menos la hubiera cubierto con una sábana de invisibilidad cuántica, la cosa habría tenido un pase.

Pero viéndola ahí, en la esquina, tan cerca de mí, no podía dejar de pensar en ella.

En ella... y en esos alimentos del pasado que estaban tan deliciosos según la profesora Buenaventura, claro.

¿Cómo sería probar una pizza del pasado?

¿Y la PRIMERA pizza de la historia de la humanidad?

Si los alimentos eran más ricos en el pasado, aquella primera pizza debió de ser la pizza más sabrosa de la historia.

¡La madre de todas las pizzas!

16 Supuse que no pasaría nada por usar la cápsula para hacer un viajecito hasta esa época, ¿verdad?

Además, no tenía por qué enterarse nadie.

Volví a guardar las minipizzas en la mochila y me acerqué a la cápsula con cuidado.

Aparté la tela que la cubría. Cerré la puerta de la cápsula detrás de mí. Puse el conmutador LUNA/TIERRA en la posición TIERRA y ajusté la palanca de ignición dimensional al año...

¿Qué año?

Ay.

La pizza debió de inventarse hace mucho tiempo, ¿no? La humanidad no habría podido sobrevivir sin el alimento que está en lo más alto de su pirámide alimentaria (o al menos eso pienso yo).

Así que le di un buen meneo a la palanca, y la cápsula empezó a vibrar más que un cepillo de dientes sónico peleándose con la pasta dentífrica inteligente.

En el momento en el que la cápsula se detuvo, pude leer este número en el contador:

Año 1250 a. C.

